

## Hechizos

Tengo una amiga bruja. Ella no quiere serlo, no cree que lo sea, ni siquiera se toma muy en serio la cosa: de jovencita descubrió que se manejaba con soltura con los naipes y que las pequeñas tonterías que decía iban tomando cuerpo con los meses y se convertían en realidad. Primero nos encargábamos de consultar detalles menudos: novios y actitudes para seducirlos, resultados de exámenes y angustias sobre el peso y las dietas. Luego, poco a poco, las preguntas tocaron temas más hondos. Y continúa acertando.

De pronto ha perdido su trabajo, como ella y sabía que ocurriría, y ha pensado emplear sus facultades. No sabe cómo, no ve luces, ni muertos, ni siente premoniciones. De pronto, frente a una carta con seis espadas anuncia un viaje y, si es la estrella la que aparece, pronostica felicidad, y acierta. Ahora lo hace a través del teléfono, y durante unos minutos atisba en la vida de otras personas que no dejan de llamar a su número, noche y día. Casi todas padecen alguna enfermedad aparte de la principal, la angustia y el hastío. A una minoría le interesa el dinero, a la totalidad, los afectos; durante un rato pueden centrarse únicamente en ellas. Luego, para evitar el complejo de culpa al que las han acostumbrado, preguntan por los hijos y por las hermanas.

Gana bastante dinero, más del que ganaba de camarera, porque le resultó imposible trabajar como abogada. Habla dos idiomas, tiene buen gusto, y renuncia a explicaciones rebuscadas y cursis para explicar la situación. Se anuncia con su nombre, y no da confianzas excesivas a sus clientes. Al fin y al cabo, es su vida con la que juega, y lo sabe: buscan en ella confirmación o desánimo para decisiones que ya han tomado, o confían en ella para arreglar situaciones que no tienen remedio.

Cuando llaman están solas, y algunas lo hacen los fines de semana a las dos o las tres de la madrugada, cuando nadie debería estar solo a no ser por voluntad propia: piden que les adivine el pasado, que descubra qué razones hubo para una decisión equivocada, qué les ha llevado a la soledad, al miedo o a la desgracia. Quieren saber si sus padres supieron que les quería, o si es posible hablar con los que ya no están. A veces mi amiga les encarga algún ritual sencillo: que tomen vitaminas y hierro, que enciendan una vela y recen una oración, en caso de ser creyentes. Cualquier cosa a la que puedan aferrarse para que la tristeza retroceda.

En un principio creyó que ganaría dinero aprovechando la credulidad de la gente: que participaba en un timo asumido a medias. Ahora ha cambiado de opinión. Algunas regresan para confirmarle que ha acertado, pero eso no importa: en un "sí" o un "no" hay un 50 por 100 de probabilidades de error. Lo importante es que ha descubierto que ella vende tranquilidad, que podría almacenar sus palabras en píldoras y comercializarlas con el mismo efecto, que podría recibir dinero por prestar sus oídos y recoger penas, y lavarlas, y devolver las vidas almidonadas, limpias y planchadas a sus dueñas. Siente pena. A menudo no puede continuar. Decían que a las brujas les aguardaba el infierno, y ella comienza a entrar en él, en las mentes ajenas, en las vidas extrañas, en las culpas de otros.